

## "A SANGRE Y FUEGO"

Ricardo Aguilar Pomar

Aquel "Curso para Guías de Patrulla" había sido todo un éxito. Ante una regular concurrencia de Cortes de Honor habíamos tenido un campamento de fin de semana muy productivo en que abarcamos desde técnicas de acampado y cocina de campamento hasta el Sistema de Patrullas y temas de motivación y liderazgo.

El lugar, el "casco" de la hacienda Tanlum, con su hermosa "casa principal", su arbolada huerta y su alberca, anexa a la terraza, que servía también como estanque de riego, de limpias y frescas aguas, era el sitio ideal para acampar. Situado a corta distancia del extremo Noroeste de la ciudad, era entonces el lugar de reunión del Grupo 3 y Campo-Escuela no oficial del Distrito Mérida.\*

Clausuramos el domingo a eso de las 3 de la tarde. Satisfecho, aunque bastante cansado, tomé mi inseparable bicicleta inglesa Hércules y emprendí el largo camino a mi casa, situada entonces en el límite Sur de Mérida. Conocedor de la ciudad, venía pedaleando despacio y tomando atajos que me acortaran el camino. Atravesé el viejo Cementerio General, fundado en el casco de una antigua hacienda, y a poco de salir por su reja trasera, a un par de cuadras, surgió lo inesperado.

Cerca de la esquina había un grupo de 5 o 6 barbajanes de alrededor de 20 años, sentados sobre piedras en círculo alrededor de una botella de aguardiente, a un lado de la calle. Yo los advertí desde cierta distancia pero no les di mayor importancia, ya que es bastante común encontrar ese tipo de reuniones en cualquier esquina de un barrio marginado, en una calurosa tarde de domingo. Normalmente no se meten con nadie, dedicados a sus báquicas libaciones y a sus pláticas de borrachos.

Yo había pasado cerca de esos grupos muchas veces, de regreso de mis actividades scouts, pero nunca había tenido el menor de los problemas. A lo más, algún silbido o comentario provocativo por ir uniformado, y a los que hacía caso omiso, pero las cosas nunca pasaban de ahí. De hecho, ya estaba acostumbrado. Pero esta vez no fue así.

Poco antes de llegar al sitio de reunión de la pandilla, noté que uno de ellos se levantaba y se situaba al borde de la calle sin aceras. No le di importancia y continué mi lenta marcha. Cuando iba rebasándolo, súbitamente giró y se colgó de la parrilla trasera de mi bici, obligándome a parar. En ese momento se levantaron los demás y comprendí, demasiado tarde, que había caído en una emboscada.

Salté de la bici poniéndola entre aquellos gamberros y yo, al mismo tiempo que desenvainaba el cuchillo de monte que usualmente portaba, con una respetable hoja de 20 centímetros que esgrimí frente a ellos. Esta maniobra, que no se esperaban, los desconcertó momentáneamente alejándolos unos pasos cuando ya los tenía prácticamente encima.

Ahora tenía que pensar rápido cómo salir de aquella situación. No acostumbraba participar en pleitos callejeros y mucho menos ante media docena de oponentes, por lo que llevaba todas las de perder. Había entonces que recurrir a la inteligencia, así que traté de utilizar el diálogo, aunque sin muchas esperanzas.

- ¿Qué traen conmigo chavos?- les dije -Yo sólo iba pasando y no me he metido con ustedes -

- Es que te crees mucho con el trajecito ese, así que te vamos a partir la m....!

- Tratando de mantener la calma, blandroneé - Tal vez, pero el primero que se aviente se va a ir con las tripas de fuera-

- No seas maricón, suelta el cuchillo-

- Los maricones son ustedes que sólo pueden pelear en montón- Díganme quién es el más macho de ustedes y vemos de a cómo nos toca-

-La cosa es conmigo- respondió el más fomido de los aludidos y que parecía ser el líder, -pero suefta el cuchillo-

-OK, será sin cuchillo, pero tu y yo solos. Vamos a la otra esquina y allá nos damos un "entre". Si me ganas o te gano, que ahí quede.

-Juega, y conmigo basta y sobra- Y dirigiéndose a su banda les dijo: -ustedes quédense aquí, ahorita vuelvo-

Yo no tenía ninguna intención de trenzarme a golpes con aquél animal, pero analizando fríamente la situación, sin haber conjurado aún el peligro, los tantos se movían a mi favor. Me había librado sin pelear de 5 de mis 6 adversarios mediante un arreglo verbal, y tenía una larga cuadra para buscar una solución definitiva.

Caminamos lado a lado, como a un metro de distancia uno del otro, yo llevando mi bicicleta rodando, empuñando aún el cuchillo y vigilando atentamente todo movimiento de mi indeseable compañía. Él a su vez, no me quitaba el ojo de encima.

Habíamos avanzado como unos 20 metros lejos de la pandilla cuando uno de ellos gritó: -¿nos quedamos aquí?- Mi acompañante no respondió, pero volteándose momentáneamente hizo con el brazo derecho una señal inequívoca: -¡vengan!

Viendo en esa breve distracción mi única, y quizá mi última oportunidad, aproveché esa fracción de segundo para emprender una veloz carrera y montar la bici de un salto, pensando que ya la había librado.

El sujeto, aunque alcoholizado, conservaba sus rápidos reflejos, por que corriendo con rapidez me alcanzó y se colgó nuevamente de mi parrilla trasera, encorvándose marcadamente para clavar mejor los pies en el asfalto. El resto de la banda, al ver mi maniobra, corrió hacia nosotros.

Por un instante me sentí perdido y en manos de aquellos maleantes, pero en una acción desesperada lancé con toda el alma una patada hacia atrás, casi sin ver. Comprendí que con esto quedaba cancelada toda posibilidad de diálogo y que, a menos que ocurriera un milagro, en pocos segundos sería la víctima de un linchamiento, sin posibilidad alguna de defensa o auxilio. Sólo quedaba tratar de salir de aquella difícil situación a sangre y fuego.

Gracias a la baja posición que él tenía y a mi increíble buena suerte, el tacón de mi sólida bota minera, claveteada y con placas metálicas en la suela y el talón, se estampó en plena boca del sujeto, que instintivamente me soltó.

Al sentirme liberado, parándome sobre los pedales impulsé velozmente la bici, con 2 o 3 fulanos corriendo tras de mi, tratando de alcanzarme. Pero esta vez no lo lograron.

A distancia prudente y ya a salvo, me volteé para mirar y pude ver a mi frustrado oponente aún sentado a mitad de la calle con una mano cubriéndose la boca sangrante, y a los de su pandilla, no menos frustrados, aún gritándome improperios.

Aún a toda velocidad, en pocos minutos pude llegar a la seguridad de mi casa.

No por este incidente dejé la bici ni de andar en ella uniformado por todas partes, pero a partir de entonces extremé mis precauciones. Procuraba evitar rutas de riesgo, y más aún, a grupos sospechosos.

Por de más está decir que por varios años no volví a pasar por aquél lugar, al que bauticé como "la esquina de La Emboscada".

Hoy me causan lástima y decepción esos muchachos de estrafalaria apariencia que llegan a la junta o actividad con el uniforme arrugado en la mochila y allá se disfrazan de "scouts". De salida,

nuevamente se apresuran a despojarse del uniforme, como si les quemara la piel, para retomar su fachuda "personalidad" de pandilleros del Bronx neoyorkino.

Yo les llamo "scouts vergonzantes", o sea, "scouts" que se avergüenzan de serlo. Lástima que no vivieron en aquellos tiempos en que salir a la calle de uniforme era un reto y un riesgo, que enfrentábamos con alegría y orgullo, aunque fuera algo así como ser cristiano en tiempos de Nerón o Diocleciano, o negro de Alabama en medio de una convención del Ku Klux Klan.

Así aprendíamos a amar a Dios en tierra de infieles. Y a sentir amor y orgullo por nuestro Uniforme.

Mérida, Enero de 2001

\* Nota del Autor. La hacienda Tanlum, tal como la conocí, desde hace unos 20 años fue rebasada por la mancha urbana. Hoy ocupa el centro del Fraccionamiento Tanlum, donde aún puede admirarse su hermosa "casa principal".